

Camila Winter

Pasión en Norfolk



© Pasión en Norfolk by Camila Winter, año 2013. Copyright. Todos los derechos reservados, prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora.

PASIÓN EN NORFOLK

Condado de Hampshire—Inglaterra.

Año 1810

Una carta de su prima Agatha fue el principio de todo. Lady Sophie Winston la leyó dos veces para entender los planes de su prima, pero estaba demasiado furiosa por su velada insinuación a la muerte de su primogénito para entender qué se proponía con exactitud.

Comenzaba invitándolas a su mansión en Norfolk llamada Richmond house, porque tenía en mente encontrarle esposa a un sobrino que amenazaba con convertirse en un solterón. Y decía que su hija Victoria podía ser apropiada, para evitar ese mal endémico que sufrían las muchachas por amores contrariados.

La dama dobló la carta con paciencia y luego la arrojó al fuego, con la misma parsimonia. No importaba, el puñal ya estaba clavado, y las insinuaciones de su prima habían dado en el blanco. Tenía una hija casadera y vulnerable a esa tremenda ola de suicidios y repentinas muertes por amores no correspondidos.

Nunca se había visto algo semejante. En sus tiempos los jóvenes eran

sensatos y escuchaban a sus padres, pero esa ola de romanticismo y locura, amenazaba con destruirlo todo.

Debía alejar a su hija de la pasión romántica que estaba enfermando a jóvenes y viejos, nadie estaba a salvo de padecer una pasión repentina y obrar en consecuencia cometiendo toda clase de locuras.

Y los viejos también podían sufrir ese mal, un tío suyo había abandonado a su esposa por una joven de veinte años.

Ese amor era una enfermedad.

El amor siempre había enloquecido a los hombres, eso solía decir su padre.

Ella creía que había distintas clases de amor y encapricharse con un joven solo porque era guapo, contrariando los deseos familiares era puro egoísmo. La peor clase de amor: enfermizo, tenaz y recalcitrante.

Había otro amor más tranquilo y racional: el amor a la familia, a los bienes terrenales, el cariño de los esposos que vivieron una vida juntos.

Y su pequeña hija ya no era una niña, y en el último verano había crecido demasiado. Su marido había hablado con ella, y ahora su prima le aconsejaba una unión acertada para ambas familias.

El joven heredero Derrigham necesitaba una esposa y Victoria sería la adecuada.

“Cásala antes de que sufra esa enfermedad, como tu pobre sobrina. Sabes que esas cosas se heredan, querida... Y el pobre Charles, tan joven, cometer esa locura por una muchacha.”

La mención de la muerte de su hijo hacía más de dos años, la peor tragedia que debió soportar había sido demasiado. Qué poca delicadeza había tenido su prima Agatha. Pero ella era así, cruel y sincera.

Sin embargo, sus insinuaciones eran también sus temores.

Su primogénito Charles se había suicidado a causa de una joven, y su sobrina Alice también, por culpa de esa horrible enfermedad. Escribió una carta diciendo que había muerto hacía tiempo cuando ese joven la había abandonado. Pobrecilla... Tan joven, con toda una vida por delante, morir así.

Su hija Victoria entró en ese momento, llevaba el cabello castaño fuera del sombrero y su vestido tenía barro en los bordes. Era bonita, y lo sería más si tenía más cuidado y no se comportaba como una chiquilla.

Debería prepararla, tenía dieciocho años, debía aprender a lucir tan pulcra como su prima Mary.

Los ojos zafiro de Victoria se detuvieron en su madre, anhelante, quería pedirle permiso para ir a visitar a su amiga Charlotte.

Lady Sophie se lo negó, empezaba a hacer planes para su hija.

Cambiaría su peinado, sus vestidos. La había mantenido alejada del mundo y de las fiestas, la pobre no frecuentaba la sociedad. Todo porque temía que sufriera esa enfermedad y cometiera una locura.

—Victoria, mi querida prima Agatha quiere invitarte a su casa a que pases unas semanas. Yo te acompañaré por supuesto. Pero antes debo encargarte nuevos vestidos. Y por favor, deja de correr tras los gatos y conejos, debes comportarte como una verdadera señorita de sociedad.

La joven asintió. Era dócil y reservada frente a sus padres, pero inquieta cuando estaba al aire libre. Le encantaba correr a los conejos y cabalgar a horcajadas por los prados cuando nadie la veía.

El viaje a casa de esa dama, prima de su madre no la entusiasmaba. Tampoco convertirse en una señorita prolija y educada. Solo conocía Weston house y sus alrededores, y recorrer otro condado no la entusiasmaba, tampoco hospedarse en casa de esa dama respingada y de mirada antipática. Usaba impertinentes en las reuniones para observar a los recién llegados, y como era una dama de noble cuna, todos aceptaban sus caprichos.

Victoria suspiró, no tenía alternativa, iría a Norfolk, a ese oscuro señorío con espléndidos jardines y estanques llenos de peces llamado Richmond house. Bailes, recepciones y un montón de señoritas presumidas ansiando atrapar un esposo antes de cumplir los veinte.

Su padre, sir Winston estuvo muy de acuerdo con la idea del viaje, aunque su esposa ocultó deliberadamente las verdaderas razones de este, por si “el asunto no prosperaba” y días después las maletas de ambas mujeres estuvieron prontas.

—Date prisa, por favor, perderemos el tren—le avisó su madre.

Victoria obedeció mientras guardaba su diario y otras pertenencias.

El diario de Anne llamó su atención, adoraba ese libro y lo leía para matar el tiempo, se sabía la historia de memoria, pero disfrutaba mucho de cada línea de la novela y esperaba volver a leerla mientras permanecía en la mansión.

Llegaron a Richmond house un día gris y tormentoso de otoño. Su madre no hacía más que quejarse del frío y de las incomodidades del tren, pero Victoria contempló desanimada el caserío blanco, con el fondo oscuro de ese bosque y pensó que se aburriría terriblemente.

Ella ignoraba los planes de su madre y esa parienta por supuesto, de haberlos conocido habría escapado rápidamente.

Lady Agatha, condesa de Richmond se presentó con un vestido color pastel recargado de flores y encajes en el escote y los puños, su mirada oscura y despectiva se detuvo brevemente en la madre de la joven para luego concentrarse en la hija de esta.

Bella, pero sin gracia, el vestido pasado de moda, modales sin distinción, cabello bonito y talle adecuado... El ojo certero de la dama supo reconocer fallas y virtudes de la joven casadera.

—Oh, sed muy bienvenidas a Richmond, Sophie querida te ves fatigada y esta es tu encantadora niña Victoria. ¡Cómo ha crecido!

La joven hizo una reverencia saludando a la dama y permaneció con la mirada baja, se sentó donde le ordenaron y allí se quedó, inmóvil como una estatua. Algo que su anfitriona agradeció, pues nada detestaba más que una niña curiosa y sin modales, yendo de aquí para allá observando todo como una campesina.

A solas, lady Agatha habló con su prima Sophie sobre su sobrino Kenth Derrigham.

—Ninguna ha podido atraparle todavía, es muy guapo, oh, sí que lo es mi querido sobrino, pero muy exigente. No le agradan las coquetas, ni las muy bonitas, tampoco escogería a una dama solo por su dote... Dijo que prefiere que su fortuna sea modesta pero que en cambio sea agradable y virtuosa. La señorita Emily Stratford, la rica heredera se fijó en él y entablaron una amistad. Pero el asunto no prosperó.

Lady Sophie suspiró, si la bella Emily con su abultada dote, siendo una de las beldades del condado no lo había conseguido, su hija aniñada, sin

modales de señorita, tampoco. No era hermosa, y tocaba mal el piano, bordaba con escaso talento, excepto porque leía y era una jovencita culta. Eso sí podía ayudarla según supo después.

—Mi sobrino quiere una joven educada, de excelente familia y culta. Las de aquí son algo sosas, apenas saben leer y escriben con una caligrafía descuidada. Prestan más atención a los chismes, a la moda en Londres y al coqueteo descarado. Por eso pensé que tu hija, criada con excesivo cuidado, siendo una joven sumisa, muy seria, y que lee todas esas novelas... Creí que podríamos intentarlo. —lady Agatha hizo una pausa para beber té caliente.

—Mi sobrino es muy especial—continuó— Y no le agrada que le insistan con una joven, su madre cometió la tontería de querer encontrarle esposa y llenó el señorío de jovencitas casaderas de las mejores familias. Sí, como en los cuentos. El pobre vino a verme hecha un mar de lágrimas, ninguna logró atrapar la atención del joven heredero y este no le habló a su madre por días luego de enterarse de sus planes casamenteros. Y ha dicho que se casará cuando realmente encuentre a la joven apropiada y que él la conocerá por sí solo, sin ayuda de nadie.

“Un genio endiablado el de ese sobrino” pensó Sophie, desalentada.

—Tengo un presentimiento querida prima, creo que Victoria podrá atraparle con cierta astucia, solo que haré que el encuentro sea casual, ¿sabes? Mi sobrino Kenth llegará el sábado, pero no le he dicho que tengo visitas, no

quiero que sospeche. Su madre está muy inquieta, por esa rara enfermedad llamada locura amorosa, no quiere que su hijo la padezca en ninguna de sus formas.

Lady Sophie asintió. Su prima era astuta, mucho más de lo que ella había llegado a sospechar jamás. Un encuentro casual era mejor que “voy a presentarte a una señorita casadera para ti, querido Kenth.”

—Mientras tanto—puntualizó la dama luego de tomar un generoso trago de té caliente de la India—Nos encargaremos de mejorar el peinado y enseñaremos a Victoria a bailar, pues temo que no debe saber hacerlo. La pobrecita ni siquiera tuvo su presentación en sociedad, pero como nadie aquí conoce ese hecho, lo obviaremos.

La fiesta de presentación se había suspendido por la muerte de su hermano Charles, el momento más triste de su vida, aún llevaba luto por su hijo y le costaba reponerse de su pérdida. Su prima pensaría que tenía a su hija abandonada, que no le había enseñado a bailar ni a cantar, pero ¿qué sabía ella? El señor jamás la había bendecido con un hijo, y siempre había tenido escasa paciencia con los ajenos. Sophie había perdido a su primogénito y a su querida sobrina casi al mismo tiempo, por culpa de esa temible enfermedad amorosa. Y para proteger a Victoria de ese mal le había prevenido y ahora esperaba casarla pronto. Para que estuviera a salvo, solo eso.

—Esta enfermedad está haciendo estragos, oh, sí, ha llegado a Norfolk, es como una epidemia. La semana pasada se suicidó una muchacha, se internó en el mar porque un joven la había rechazado. Y luego ese pobre joven...

Sophie se incorporó molesta, no quería escuchar historias tristes, estaba cansada y la muerte de su hijo seguía siendo muy dolorosa para ella. Su familia había sido tan golpeada ese año nefasto.

Así que se disculpó con su prima y se alejó a la habitación que le habían asignado. Necesitaba descansar y se preguntó si no tendría que escapar con frecuencia de la lengua ácida de esa parienta que parecía sentir placer en recordarle su tragedia. Ella no sabía si lo hacía por maldad o por ignorancia.

Una confortable cama con dosel aguardaba, agua fresca y una vista estupenda a esa magnífica propiedad. Sophie se desvistió y suspiró, deseando que ese viaje tan agotador e incómodo no hubiera sido en vano.

Victoria en cambio leía el libro de Anne totalmente ajena a las maquinaciones de ambas damas.

La joven había hecho un corto paseo por los jardines a media mañana, luego de ser autorizada por lady Agatha y ahora se deleitaba con ese libro que había leído tantas veces y contaba, las desventuras de una campesina en

Londres y su amor desmedido por el guapo sir Justin.

Su madre no lo habría aprobado, pero todavía no sabía que las lecturas románticas fueran perjudiciales en modo alguno. Leer era un pasatiempo inofensivo, y todas las jovencitas de sociedad solían leer un libro de vez en cuando y luego comentarlo con sus amigas más cercanas. Era un tema de conversación muy distinguido.

—Victoria, debo verte a las tres, en la sala de música—dijo lady Agatha irrumpiendo en su habitación de forma inesperada.

Otra dama, más despierta y perspicaz habría sospechado, pero Victoria se ruborizó pues había llegado a su capítulo favorito, cuando el guapo Justin le daba un beso apasionado a Anne.

—Oh, disculpé lady Richmond, no la oí llegar—dijo ella ocultando el libro bajo su almohada en un movimiento rápido.

La dama enarcó una ceja preguntándose por qué esa jovencita la miraba con una expresión temerosa y avergonzada, ¿acaso sospechaba sus planes? ¿Se habría atrevido su madre a contarle? No. Eran solo ideas suyas.

—Bueno, a las tres, en la sala de música señorita Winston, por favor sea puntual.

La joven llegó al salón blanco luego de que el reloj diera las tres campanadas.

Un lugar con preciosas alfombras y un gran piano y un joven alto y guapo, como Justin. Oh, era como en su sueño. ¿Quién era él?

Se sintió atraída hacia el joven de inmediato, pero disimuló sus sentimientos con una exagerada timidez.

Era el profesor de baile y música, se llamaba Robert Emerson y era norteamericano.

Lady Sophie creyó que era demasiado atractivo para una jovencita sin experiencia como su hija, y que esta se ruborizaba mientras él le enseñaba los pasos del baile. Miró a su prima con los labios fruncidos, pero esta ignoró el comentario. ¿Acaso su hija sería capaz de enamorarse del primer joven guapo que le fuera presentado? Si lo hacía, entonces no sería digna candidata para conquistar a su sobrino.

Observó la escena con atención. La joven bailaba con gracia y se deslizaba, pero tocando el piano... Realmente no tenía talento ni oído musical, en cambio su voz era bonita, aguda y suave.

Las lecciones con el “guapo Justin” no duraron, lady Sophie dijo a su prima que debía contratar a una señorita, no a un caballero.

—No será necesario querida. ¿Además vuestra hija sería tan ingenua de reparar en un simple profesor de música?

Victoria no era enamoradiza, ella se había encargado de prevenirla

sobre los desvaríos del corazón, pero no quería tentar al diablo. No fuera cosa que padeciera ella también esos delirios amorosos...

—Bueno, las lecciones de baile terminaron, ahora solo queda modernizar sus vestidos. A tu hija le harán falta vestidos más juveniles, no tan serios, usa colores muy oscuros para su edad. Un celeste pálido, uno en tono crema, o rosa serían más apropiados.

La modista tendría un trabajo importante y solo podría terminar dos para una semana. Lady Agatha protestó y consiguió que se comprometiera a terminar uno rosa pálido para el próximo sábado. La modista sudaba profusamente cuando hizo las pruebas al día siguiente mientras Victoria se miraba en el espejo con una mirada de leve coquetería.

Luego apareció una doncella experta en peinados para acomodar su cabellera castaña brillante.

Lady Agatha sonrió satisfecha ante los resultados. Sí, todo sería perfecto. Su sobrino llegaría en una semana, pero debía encontrarla de casualidad, sin sospechar que la había invitado con el fin de atraparle. A los hombres no les agradaban las jovencitas ansiosas por pescar marido.

La hija de su prima era casi bella, pero la pobre había tenido que llevar luto y esos vestidos marrones mañaneros sin gracia, y el cabello recogido en un moño... Le daba un aspecto triste y abandonado. No sabía en

qué pensaba su prima Sophie, su hija tenía la edad ideal para casarse y huir de la epidemia amorosa.

Y, por cierto, el día anterior se había cobrado otra víctima. Un hombre de cincuenta años que se había enamorado de la gobernanta de sus hijas (joven y bonita) y como ella lo había rechazado se había ahorcado en los establos.

Un doctor había dicho que el problema era que las jovencitas se habían vuelto crueles con los hombres, y que los jóvenes no tenían suficiente fortaleza para soportarlo. Y que esa pandemia de amores contrariados era causada por una enfermedad mental, de quienes creían amar a un desconocido con insólita vehemencia, sin saber por qué, y como otro tanto les ocurría a las damas, estas se veían imposibilitadas a corresponder a sus festejantes, sumiéndolos en la más terrible desesperación.

—¿Y qué puede hacerse doctor Murray? —le había preguntado ella.

El meneó la cabeza.

—Nada, me temo, solo vigilar a quienes padecen el mal y controlar que no intenten una locura. A veces no es sencillo detectar la enfermedad, porque suelen ser jóvenes muy reservados.

La dama había suspirado y no volvió a tocarse el tema por delicadeza, pues en la tertulia había quienes habían perdido a una hija o a un allegado en

estas tristes circunstancias.

Demasiadas muertes por amor en el país, en Italia y en Francia.

Lady Agatha reflexionó sobre este asunto y esperó que ningún miembro de su familia fuera afectado. Y rezó porque esa jovencita conquistara el duro corazón de ese muchacho, que estaba haciendo sufrir tanto a su pobre hermana.

El estado ideal del hombre era el matrimonio, pues para ella no había algo más penoso que un joven rico y atractivo camino a convertirse en un mañoso solterón.

—Si al menos se enamorara—había llegado a confesar su hermana.

—Oh, no pronuncies esa palabra, solo los locos se enamoran y luego, ya sabes lo que pasa...

Ellen emitió un gemido, no ella no deseaba que su hijo se ahorcara ni se hiciera daño. ¿Qué mujer podría resistirse a un joven tan guapo y de regia familia? Solo una de esas caprichosas que morían de amor por un rufián y luego se ahorcaban cuando este las hacía sufrir.

Y afortunadamente Victoria no lo era, ¿pero tendría el poder de enamorar a su sobrino? Lady Agatha empezaba a tener dudas.

Llegó el gran día y los sirvientes corrían enloquecidos de un sitio a

otro, preparando el festín para homenajear al heredero Derrigham.

Lady Agatha estaba de un humor imposible, mandando de aquí para allá, quejándose como si todo la disgustara.

Lo que más la enfurecía era que su sobrino no había tenido la delicadeza de anunciar la hora de su llegada y ella no podía dejar a la señorita Victoria en los jardines todo el santo día, hacía demasiado frío y las jóvenes de su edad no podían quedarse quietas mucho rato.

Esos jóvenes, además de ser enamoradizos, inconstantes, imprudentes también eran desconsiderados. Podía llegar de un momento a otro y todo debía estar perfecto. Y no quería que viera a su prima y a su hija, porque ese joven era inteligente como un demonio, si hasta parecía que leía los pensamientos de una... Pensaría que lo había preparado todo a instancias de su hermana y su plan quedaría arruinado.

Pero debía hacer algo para esconder a la joven, él no debía verla todavía.

Habló con su prima a solas y le dijo sus planes, esta asintió y ordenó a Victoria que permaneciera ese día en su habitación. Ella no creyó que la petición fuera inusitada ni extraña. Tenía sueño, y le vendría bien una siesta.

Pasaron las horas y los nervios de lady Agatha aumentaron, al igual que la espera. Empezó a temer que el joven hubiera cambiado de idea, como

todos los jóvenes de hoy día cuando sufrían los achaques de “la edad incomprensible”.

Ni siquiera su prima pudo soportar su ansiedad y decidió retirarse luego de la hora del té.

El día gris comenzó a oscurecerse, y las nubes plomizas anunciaban una tormenta.

“¡Lo que me faltaba!” Bufó lady Agatha. Una tormenta y un huésped que no llega... Y el banquete pronto en las cocinas, la mansión espléndida...

Victoria siempre había tenido miedo a las tormentas, y cuando escuchó los primeros truenos desde su habitación se estremeció. Habría deseado correr a la de su madre, pero no se atrevió, se acurrucó bajo las sábanas como una chiquilla.

Fuera rugía el cielo y caía agua sin parar en esa noche infernal.

Lady Agatha tenía los nervios destrozados, su sobrino no pudo llegar en peor momento, empapado y pálido como un fantasma, dijo que había sufrido un accidente que atrasó su viaje, pero solo tenía rasguños en sus brazos.

—¡Oh, Kenth, qué calamidad! —gimió lady Agatha.

Insistió en que se cambiara la ropa, que un sirviente le serviría una sopa caliente en su habitación. Mañana llamaría a un médico.

—Oh, no será necesario tía—dijo con una sonrisa.

Se alejó hacia la habitación que siempre usaba cuando estaba en Richmond house, conocía el camino y llevaba su pequeña maleta, pues los sirvientes estaban muy atareados con la tormenta como para atenderle.

Abrió la puerta lentamente y lo primero que notó fue la cama distendida y un desorden inquietante. Una lámpara alumbraba las tinieblas de su antiguo cuarto, con la mejor vista al estanque y la pradera. ¡Vaya descuido! Tal vez su tía no lo esperaba ese día, de lo contrario habría ordenado asear la habitación...

Se cambió rápidamente y se acercó a la estufa, agradeciendo que al menos estuviera encendida con unos pocos leños. Estaba temblando y esperaba recibir el caldo prometido por su tía o se congelaría. Tal vez debiera meterse en la cama.

Dio unos pasos y tropezó con algo. ¿Qué era aquello? ¿Un libro?

Una sonrisa burlona asomó en su adusto semblante. Diario de Anne, se llamaba, y sabía que era la historia de una huérfana campesina adoptada por unos parientes ricos que terminaba enamorándose del heredero del señorío. El guapo, y bondadoso Justin, de intachable moral, y con un marcado sentido del honor. Su hermana suspiraba por Justin al igual que todas las jovencitas ingenuas que leían ese libro. ¿Pero qué hacía ese libro

allí? ¿Acaso una joven se hospedó en Richmond y lo había olvidado?

Dejó el volumen en un lugar más razonable, y se dispuso a envolverse en las mantas. No le importaba demasiado la sopa, solo el calor de esa cama, acogedora y suave.

Victoria entró en su habitación portando la lámpara, la tormenta no había pasado pero la cama de su madre era incómoda y no quería que pensarán que era una chiquilla. Algo la había hecho volver.

Entonces vio la maleta al lado de la cama y ropa de hombre en una silla, y en su cama. ¡Oh, allí había un intruso, un bandido! ¿O acaso era un fantasma? Había leído que en ciertas mansiones de campo había fantasmas, por culpa de la locura amorosa que había segado tantas vidas...

Cuando pudo vencer el terror acercó la lámpara para contemplar al joven que yacía en la cama y dormía tan profundamente que... Parecía muerto. Y su palidez no era natural.

Ahogó un grito y huyó antes de ese espectro, vampiro o lo que fuera despertara. Que se quedara con su cama y su habitación, regresaría a la de su madre y que pensarán lo que quisieran.

Al día siguiente Victoria estaba muy alterada y no se atrevió a ir a su habitación, pero tenía allí su ropa, sus libros, todas sus cosas...

Seguramente el fantasma se habría marchado con la luz del día. Las noches de tormenta eran propicias para los eventos sobrenaturales, o eso había dicho su tía Eldred, a quien le apasionaban esas cosas.

Se acercó lentamente, con paso sigiloso y encontró la habitación vacía y aseada. Todo estaba en perfecto orden, sin rastro del espectro, sus pertenencias guardadas y hasta olía a perfume de flores. Algún criado debió asearla y dejarla así.

Una voz la sobresaltó. Era la prima Agatha.

—Oh, querida, ¿has despertado ya? Debo salir ahora y no quisiera que te quedaras sola, luego de la tormenta de anoche...

Victoria aceptó quedarse en su habitación sin sospechar que la dama tramaba algo. Solo corrió las cortinas para que entrara luz. En realidad, tenía sueño, no había dormido bien luego del susto, tal vez durmiera un poco más...

Lady Agatha pensó que no podía dejar encerrada a la joven más tiempo, acababa de presentar a su sobrino con su prima Sophie, diciendo que su hija se encontraba indispuesta para bajar a desayunar.

Kenth no prestó atención a ese detalle, quiso ir a ver como habían quedado los jardines y ansiaba cabalgar libre por los prados.

Por esa razón no se vieron, ni el heredero ni la señorita Winston, y

ella siguió pensando que quien durmió en su cuarto la noche anterior había sido un fantasma.

Y cuando se asomó al ventanal antes del almuerzo, no lo vio alejarse en su caballo azabache, sino que vio el destrozo que había hecho la tormenta la noche anterior.

Regresó a su habitación ahogando un bostezo, ese día tenía mucho sueño, así que se iría a dormir.

Kenth regresó para el almuerzo, y conversó con su tía respondiendo sus preguntas, sobre sus padres, su hermana y los hechos más notables de Forest Manor.

Lady Sophie observó al joven con ojo crítico. No le agradaba. A pesar de ser guapo, alto y atlético, cabello oscuro y ojos color miel... Lo notó presumido, altanero y orgulloso, y se preguntó si sería apropiado para su hija. Creía que un caballero debía tener otras cualidades, y no ser tan presumido ni afectado en sus modales.

Victoria no apareció a la hora del almuerzo, y esta vez no fue por causa de lady Agatha ni de lady Sophie, sino que la joven se quedó dormida hasta entrada la tarde.

Lady Agatha se sintió inquieta, ¿qué demonios le ocurría a la joven? Bueno, debería esperar a la tarde o la noche para hacer las presentaciones.

Kenth se preparó para ir de pesca con lord Winston, su anfitrión, recién llegado de la ciudad, y en compañía de un viejo amigo suyo y el hijo de este. En suma, demasiados caballeros y pocas damas. Lady Agatha, habría invitado a sus amigas, pero estaba segura de que al saber que estaba su sobrino estas llevarían a sus hijas, algo nada encomiable en esos momentos.

Victoria no esperó invitación, abandonó la habitación antes de la hora del té, dispuesta a dar un paseo por los jardines pues empezaba a detestar el encierro.

Llevaba un vestido blanco y cuando él la vio a la distancia creyó que era una aparición.

Detuvo su caballo y este movió la cabeza inquieta, ansioso de salirse con la suya y echarse a correr. El grupo de jinetes que lo acompañaban se habían adelantado, pero Kenth decidió quedarse y aguardar. Algo en su imagen le resultaba raramente familiar, como si la conociera de antes. Era una locura por supuesto. ¿Tendría su tía y madrina fantasmas en Richmond? Nunca lo había mencionado, pero hace años había habido cierta desgracia en esos jardines, su madre le comentó algo, ahora recordaba...

Se adelantó sin hacer ruido hasta alcanzarla, luego ató al caballo a un árbol y se acercó para descubrir a donde iba la joven de blanco. Había algo etéreo y encantador en su forma de caminar.

Ella se detuvo en el estanque, y se sentó... Era momento de esfumarse, los fantasmas solían desaparecer frente a los lagos, pero ella decidió quedarse, por un capricho del destino.

Victoria vio su reflejo en el agua y dio un salto espantada. El fantasma que durmió en su habitación, era él, solo que a la luz del día no se veía tan pálido y su traje era de montar, elegante con un sombrero negro pequeño.

Nunca había causado semejante reacción en una dama, ella lo miraba con espanto, como si deseara gritar o huir y no se decidiera a hacer ninguna de las dos cosas.

—Disculpe, ¿quién es usted? —preguntó él.

Empezaba a temer que no fuera un fantasma, sus movimientos eran reales y sus ojos eran muy azules y lo cubrían espesas pestañas. No podía apartar sus ojos de la joven, y temió que tuviera trastornada y hubiera intentado un suicidio. Oh, había una oleada de locura en el condado, penas del corazón, amores contrariados, padres muy severos... No todos morían por amor, a veces por la pérdida de un familiar.

—Escuche, no tema, quédese dónde está, ese lago es traicionero, si cae puede ahogarse—dijo con calma y le tendió su mano.

Su voz logró calmarla, y decidió tomar su mano descubriendo que no

era un fantasma, sino un ser de carne y hueso. Un caballero alto y muy guapo. Tan parecido al Justin del libro de Anne, solo que los ojos de Justin eran grises y los del caballero oscuros.

—¿Dónde vive usted? Permítame acompañarla por favor—dijo Kenth preocupado por la suerte de la misteriosa joven suicida.

—Oh, yo no vivo en Norfolk, estoy aquí de visita, me iré la semana próxima—respondió ella recuperando el habla.

—Soy Victoria Winston. Lady Agatha es prima de mi madre y nos invitó...—agregó.

Sus palabras le causaron sorpresa, entonces ¿era esa joven que había permanecido indispueta en su habitación desde su llegada? Ahora comprendía, había salido cuando creyó que nadie podía verla para ir a ese lago y terminar con su vida. Pero, ¿por qué una jovencita haría eso? No pudo ser un desengaño amoroso, era tan joven para eso y sin embargo...

—No debe acercarse tanto al lago, es un lugar traicionero y profundo, aunque en apariencia parezca un espejo.

—Oh, no lo sabía, solo quise dar un paseo. Anoche no pude dormir bien con la tormenta y lo vi a usted en mi habitación y creí... Que era un fantasma.

El joven enarcó una ceja, sorprendido mientras escuchaba la historia.

—Disculpe, no sabía que usted ocupaba esa habitación, es la que suelo usar cuando visito Richmond. ¿El libro era suyo?

La joven asintió sonrojándose.

—Pues no tema, me mudaré de habitación de inmediato—declaró.

Kent no se separó de la joven y decidió escoltarla hasta la mansión sin pensar que dejaba atrás una partida de caza muy interesante.

Tía Agatha notó con satisfacción que al fin se habían conocido y que su sobrino, oh, ese joven frío parecía muy preocupado por su suerte y no la perdía de vista. Se había enamorado, con un solo encuentro, esa niña lo había conseguido.

—No te precipites querida, aún no se conocen, nadie se enamora a simple vista eso solo les ocurre a esos pobres que sufren la locura amorosa—le dijo su marido esa noche cuando fueron a dormir. Era un hombre práctico.

Pero lady Agatha era una casamentera consumada y solo quería ayudar a su pobre hermana, tan desesperada por no poder encontrar esposa a su primogénito y mimado hijo.

La dama creía firmemente que era solo cuestión de días, el anzuelo estaba echado. La calma, modestia y timidez de la señorita Winston eran un imán para Kent Derrigham, y también la astucia de la joven de evitar su presencia o sonrojarse (y hasta asustarse) cada vez que lo veía aparecer.

Kenth buscaba su compañía y no dejaba de mirarla y prolongó su estadía en la mansión Richmond dos semanas y se mostró sinceramente apenado al saber que la joven debía regresar la semana entrante.

No podía dejarla ir, Dios, debía estar loco, o padecer eso que llamaban locura amorosa, pero solo cuando estaba en su compañía su alma atormentada encontraba sosiego.

Era tan hermosa, y tan ignorante del poder que ejercía sobre él, como de los asuntos del mundo.

Una tarde mientras caminaban por los jardines le habló de la muerte de su hermano y de que nada había sido igual desde entonces.

Había muerto luego de ser abandonado por la joven que amaba, porque no podía concebir la vida sin ella.

Él tomó su mano y la besó, impresionado por su historia, sabiendo que él también moriría si ella lo rechazaba.

—Lamento mucho su tragedia señorita Winston, un pariente mío murió en similares circunstancias. Y en el condado ha habido otras muertes... Dicen que es una especie de locura y que quienes la padecen no pueden hacer nada, que solo desean morir por la persona que aman.

Ella se estremeció, su mirada decía mucho más que sus palabras y sintió que su corazón latía muy aprisa cuando tomó su mano entre las suyas.

Era algo violento y pasional, no era un amor medido como el de la joven Anne y sir Justin.

—Creo que debemos regresar, hace frío—dijo, era ella que temblaba, deseaba quedarse y huir, no podía explicarlo.

Era un caballero muy rico y orgulloso, seguramente tendría jovencitas casaderas esperándoles, no se fijaría en ella. Victoria no se tenía ninguna confianza, vivía en su mundo y además no quería perder la cabeza como le había ocurrido a su pobre prima Alice y ese era su peor temor. Enamorarse y no ser correspondida y sentir un dolor tan insoportable que la muerte fuera la única salida.

Por esa razón se alejó lentamente de su compañía sus últimos días en Richmond.

Lady Agatha observaba los acontecimientos, muy alarmada. No era lo que había planeado por supuesto, la jovencita evitaba a su sobrino y este parecía furioso y desesperado. Tal vez el interés por ella no fuera profundo ni duradero y considerara que esa amistad no era importante para él, no como había creído al comienzo. Era un joven muy orgulloso, un hueso duro de roer, vaya si lo era. Y ninguna mujer lo había despreciado antes, muy por el contrario, estaba harto de quisieran su amistad y luego pretendieran atraparlo con total descaro. Debía ser por la locura amorosa que las jovencitas habían perdido el pudor y la sensatez.

Al parecer la locura amorosa era la raíz de todos los males de ese mundo, como en tiempos pretéritos lo había sido el diablo.

Lord Richmond en cambio creía que “la cosa no era para tanto”, “son jóvenes, los jóvenes son cambiantes” y “el matrimonio es un asunto delicado”, decía a su esposa.

Lady Agatha decidió tomar cartas en el asunto, como antigua casamentera que era y hablar con su prima en la salita donde escribía la correspondencia.

—Sophie querida, creo que entre mi sobrino y Victoria ha nacido una amistad, si tu hija fuera más amable, si demostrara un poco de interés, podría pescarle.

Sophie no estaba de acuerdo con su parienta y así lo dio a entender.

—No podemos forzarles, primero deben conocerse y ser amigos.

“Oh, conocerse y ser amigos, ¡lo mismo habría dicho mi abuela! ¡Qué mujer tan anticuada es mi prima!” pensó la dama.

—Mi sobrino es muy orgulloso, y tolera mal el desplante de una joven
—lady Agatha volvió al ataque sin pestañear.

—Mi hija no ha despreciado a nadie, pero una señorita debe ser recatada y razonablemente tímida y prudente. ¿Pero estará el joven Derrigham interesado en mi hija? ¿O solo desea alimentar su vanidad?

Sophie perdía los estribos con su parienta, era una víbora, y ella no convencería a su hija que fuera amable con ese necio presumido, para que luego fuera descartada como las demás.

—¡Mi sobrino no es vanidoso! Solo temo que tu rigurosa educación arruine el futuro de tu hija, te ruego que hables con ella.

—No lo haré, no es prudente intervenir en esos asuntos. El tiempo lo dirá, si es el caballero indicado para Victoria.

¡Oh, esa mujer sí que ponía a prueba su paciencia! ¡Claro que era adecuado para su hija! Era el heredero más codiciado del condado de Norfolk y esa tontita dejaría ir al único pretendiente bueno que tendría en su vida.

Lady Agatha estaba mortalmente ofendida. Su sobrino era un dechado de virtudes, era perfecto, su único defecto era su carácter fuerte y tozudo. Nada más. Pero se rindió, no pensaba insistir nuevamente en ese asunto.

Lady Sophie y su hija Victoria se marcharon días después, con una fría despedida de su anfitriona (ansiosa de librarse de ambas tal vez) y una expresión fúnebre de su sobrino, incapaz de articular palabra mientras acompañaba a las damas a la estación como todo un caballero.

No hubo palabras de despedida, pero sus ojos la vieron marcharse al andén, con el vestido blanco con el que la había conocido, temiendo que

fuera un fantasma. La misma joven, bella y etérea que se iría de su vida, desaparecería del tren como un espectro, pero dejando huellas en su corazón y en su alma.

Su orgullo le impidió derramar alguna lágrima o pedirle su amistad, como había planeado hacerlo.

Y aunque al regresar participó de una partida de casa en la noche no podía dormir pensando en la joven. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso él también había enfermado y quería cometer una locura por amor?

Ella no lo amaba para nada, su presencia parecía atormentarla de alguna manera, lo evitaba constantemente como si considerara desagradables sus atenciones. Pero hubo un tiempo en que creyó que era distinto. Las horas mágicas que pasaron juntos, pero de pronto algo ocurrió, ella empezó a rehuirle como si le tuviera miedo...

Ocupaba la habitación que ella había dejado, lo hizo no por comodidad sino para sentir su perfume a rosas, su esencia en algún lugar... Algo cayó de la almohada mientras daba vueltas con estos pensamientos sombríos

¿Qué era aquello? Un diario. ¡Oh, qué sirvientes descuidados! No aseaban las habitaciones ni retiraban los objetos olvidados en ella.

Kentth encendió una lámpara para dejarlo en una mesa, un caballero

no debía husmear en diarios íntimos. Una costumbre enraizada hacía mucho tiempo en las jovencitas, y que ahora estaba muy de moda.

Y ese pertenecía a Victoria Winston, la joven que había abandonado Richmond esa mañana. Lo había olvidado en su habitación, qué apenada estaría cuando lo descubriera. Allí estaban sus pensamientos más íntimos, sus secretos, ese mundo desconocido para él y tal vez para quienes la rodeaban. No debía leerlo, si lo hacía sería una salvaje intromisión. Pero ay, necesitaba saber por qué ella evitaba su compañía.

Y comenzó a leer las primeras líneas que arrancaron con la tragedia que sufrió su familia cuando falleció su hermano y su prima Alice.

La vida de la joven había sido muy triste, no había tenido fiesta de presentación, ni bailes, su madre la había mantenido apartada por el temor a que padeciera “el temible mal amoroso”.

Y cuando entablaron amistad descubrió que comenzaba a sufrir los síntomas, temblaba ante su presencia y se estremecía al oír su voz. Se estaba enamorando locamente y temía no ser correspondida y terminar sus días loca o quitándose la vida cuando el dolor fuera insoportable.

Ahora sabía la verdad. La joven había huido de su presencia, y fingido indiferencia porque temía padecer la locura amorosa, pensando que no era posible enamorarse de un desconocido, y que tenía los síntomas de ese

mal generalizado entre los jóvenes de Europa.

Quería sanar, y curarse, le avergonzaba su pasión y su madre la había reprendido al notarlo y confiaba que al alejarse pudiera curarse.

Había estado llorando la última noche en Richmond, por su causa y por la decisión que había tomado.

Dejó de leer el diario, conmovido, confundido. El amor no era una enfermedad, ni ella sufría ninguna demencia. Era algo que nacía de forma inesperada entre dos seres, por una razón misteriosa.

Pero su distancia sí lo transformaría en enfermedad y lo sabía, pero no podía volver a verla si ella había decidido olvidarle.

Victoria no regresó a sus correteos ni a sus largas caminatas por los bosques, solo quería estar sola en su habitación leyendo algún libro.

Su madre la notó triste y se preocupó, temió que hubiera pillado alguna enfermedad. Esos vagones de trenes estaban siempre atestados y siempre había gente estornudando.

—Madre, he perdido mi diario. En la mansión Richmond—dijo la joven días después.

Lady Sophie no creyó que eso fuera importante.

—No te preocupes, le escribiré a mi prima Agatha para que lo envíe

por correo.

El viaje había sido infructuoso, y el sobrino de su prima, arrogante y soberbio. El asunto no había prosperado, pero su hija era tan joven, tenía tiempo para pensar en esas cosas.

La vida continuaba y esperaba que, si un día se casaba, lo hiciera con un joven prudente y humilde, un caballero con mayúscula.

Kenth se marchó de Richmond días después, llevando consigo el diario de Victoria. Pudo dejárselo a su tía, pero tuvo sus razones para no hacerlo. Era tiempo de regresar al señorío y asumir sus responsabilidades.

Necesitaban tiempo para entender si era amor o locura amorosa. A ninguno le agradaba estar enfermo ni sentirse parte de esos jóvenes suicidas y locos.

La locura amorosa hacía estragos, nuevos suicidios en los últimos días, su madre estaba preocupada y se alegraba de que su hijo regresara sano y a salvo de padecer ese mal.

Las últimas noticias eran penosas. La hija del vicario se había suicidado porque estaba enamorada de un caballero casado, y había nuevos casos de neumonía, provocados por la tristeza y desesperanza que sentían estos enamorados.

Kenth escuchó impasible las historias mientras cenaban, como si a él nunca pudiera afectarle ese mal.

Al día siguiente escribió una carta a su madrina para pedirle las señas de la señorita Winston sin dar mayores explicaciones.

Su madrina le dio las señas con mucho detalle.

Partió el viernes, a primera hora, sin pensar que era una locura porque tenía el diario consigo y esperaba devolvérselo.

Tuvo la sensación de que hacía mil años que no la veía y, sin embargo, cuando ella apareció en la sala, con un vestido celeste, sintió que había sido ayer, porque para quienes aman no hay pasado ni futuro y el hoy es eterno.

Le entregó el diario sin dejar de mirarla, ansiando hablar, pero sin atreverse a hacerlo.

—Oh, gracias señor Derrigham. Es usted muy amable.

Conversaron y la señora Winston insistió en que se quedara a almorzar, había hecho un viaje tan largo. Además, era pariente de su prima y era menester ser amables y mantener las buenas relaciones.

Kenth aceptó, pero ansiaba librarse de la dama y poder charlar a solas con la joven. Tal vez no volviera a verla, pues no tendría más excusas para visitarla.

Lady Sophie se alejó, pensando que ese joven remilgado no estaba interesado en su hija, y si lo estaba, su orgullo le impediría hablarle. No era peligroso, ni Victoria estaba interesada en él.

Y en la penumbra de la sala él le confesó que había leído su diario y le pedía perdón por haberlo hecho, pues mintió diciendo que no sabía a quién pertenecía y luego...

Ella se sonrojó y sus pupilas se dilataron, quiso huir, como si intuyera que iba a besarla, a declararle su amor y no podría escapar, no desearía hacerlo.

—Señorita Winston, debo confesarle algo... Yo también he sentido amor en mi corazón por usted, y me niego a creer que sea locura o enfermedad, prefiero creer que es amor romántico puro y sincero. Y si usted me acepta, hablaré con sus padres y pediré permiso para cortejarla, solo si usted me acepta pues jamás la obligaría a verme si sus sentimientos por mí han cambiado.

Sus palabras, la forma en que tomó sus manos, la conmovieron. Pero tenía tanto miedo, no podía aceptarle, estaba asustada, y si luego la encontraba tonta o insípida...

Derramó unas lágrimas sin decir una palabra y huyó, huyó como si la siguiera el diablo. Y lloraba desconsolada cuando la vio su madre, tendida en

la cama y deshecha en lágrimas porque amaba a ese hombre, pero no podía amarle, por la locura amorosa, y por el terror a padecerla.

Lady Sophie se preocupó, tanto la había alertado sobre el mal y ahora su pequeña hija lo padecía. Ese enamoramiento rápido y avasallante, que empujaba a los hombres a la locura.

Pero no le ocurriría a su hija, ella la ayudaría, ese joven no debía volver a visitarla.

—Lady Sophie, por favor, no me aparte de su hija, yo la amo y si me acepta, prometo convertirla en mi esposa. Jamás la abandonaría, ni le haría daño.

Era sincero, y se veía casi tan desesperado como su pobre hija.

—Esto no es común, usted no puede estar enamorado de Victoria, apenas la conoce. Es solo un capricho, una pasión, el amor es algo más profundo joven Derrigham. Le ruego que no vuelva a visitarla, está muy alterada, sus pobres nervios no resistirán. Esto no debió pasar... Temo que sea esa enfermedad que hace estrago entre nuestros jóvenes.

Kenth abandonó el señorío con expresión sombría, no se rendiría. Ella lo amaba, pero tenía miedo, por culpa de su madre recalcitrante, y un padre severo seguramente. Aunque no había tenido el gusto de conocerle.

Esperaría. No era un capricho, no era un mozalbete, tenía edad

suficiente para escoger a quien sería su esposa y no comprendía la necesidad de esa mujer.

Regresó triste a Forest Manor y días después enfermó, pescando un furioso resfriado.

El médico que lo atendió dijo que no era un simple constipado y que podía agravarse si no hacía quietud y permanecía al abrigo unas semanas.

El odiaba permanecer en cama, nunca se enfermaba y a medida que pasaban los días su tristeza aumentaba y solo pensaba en su amor perdido.

Cuando tía Agatha se enteró de lo ocurrido, por una carta de su prima Sophie y luego de su hermana, enfureció. ¿Cómo se atrevían a desairar a su sobrino? Lo habían dejado triste y enfermo, podía pillar una neumonía... Porque era muy claro que el pobre había enfermado de tristeza, como lo hacían todos los enamorados no correspondidos.

Sin soportar la rabia fue a visitar a esa necia mujer para intentar convencerla.

Lady Sophie la recibió con una fría cortesía, imaginaba los motivos de su visita, lo que no contaba era cuánto exageraría su parienta.

—Mi pobre sobrino Kenth está muy enfermo y morirá si tu hija no se casa con él. Oh, Sophie por favor, en honor a nuestros lazos de parentesco, te ruego que no dejes que mi sobrino muera por culpa de un amor desairado. El

nunca se había interesado en una joven, y vino a verte, a pedir permiso para conversar con tu hija. Es un joven bondadoso y decente, y pertenece a una familia muy encumbrada. Pero por sobre todo te lo pido como madre. ¿Acaso no era lo que deseabas? Que tu hija tuviera un matrimonio acertado. ¿Por qué te opones a sus relaciones sin darle una oportunidad?

Lady Sophie estaba acorralada. No le agradaba ese joven, ni la pasión que despertaba en su hija, ni toda esa locura de que había enfermado por su rechazo. Pero había perdido un hijo, y sabía que era el peor dolor que podía soportar una madre.

Cedería, casaría a su hija con ese hombre para evitar su muerte segura. Victoria tampoco estaba bien, la notaba triste y distante, pasaba el día entero dando caminatas o leyendo libros encerrada en su habitación. Estaba pálida, no era la misma.

—Agatha, escucha, temo que ese amor tan irracional no sea bueno para ellos, y que luego, pase una tragedia. En ocasiones el amor se vuelve cruel y dañino.

—No cuando es correspondido—se apuró a responder lady Agatha.

—Bueno, está bien, hablaré con mi hija, pero yo no la obligaré a que tenga una amistad con ese joven si no desea hacerlo.

—Deja que sean felices y se equivoquen, que vivan, Sophie. Por

favor. Has tenido a tu hija encerrada todo este tiempo, diciéndole que el amor romántico es dañino y peligroso, y ahora la pobre tiene miedo a vivir. ¿Cómo esperas que se case, si no dejas que sea amada, Sophie? Ningún hombre querrá casarse con una joven sin conocerla, sin sentir un cariño por ella.

—Has dicho bien, cariño, simpatía, afecto, no un amor loco y enfermizo.

Lady Agatha recapituló, debía tener más tacto.

—Mi sobrino es un buen hombre, es rico, a tu hija no le faltará nada. Con el tiempo la pasión decaerá, siempre es así. El tiempo calma nuestras pasiones.

Ahora le tocaba el turno a sir Winston decidir sobre el asunto. Su hija tenía un enamorado que quería casarse con ella, era pariente de la prima de su esposa y no había nada que objetar ni a su personalidad ni a su posición.

Lady Sophie omitió deliberadamente mencionar que ese joven estaba “locamente enamorado” y quería casarse enseguida. Ni que su hija respondía a esa pasión en secreto. No se engañaba, había recuperado sus colores al enterarse de la conversación que había mantenido con lady Agatha. Ahora sonreía y se mostraba alegre, entusiasta, como si deseara correr a verle.

Sir Winston se atusó los bigotes con expresión pensativa.

—Bueno, esto es algo prematuro, pero estos jóvenes de hoy día... Sí

que tienen prisas por vivir. El matrimonio es el estado ideal del hombre, solo noto ciertas prisas... ¿Crees que nuestra hija esté preparada para casarse con un joven al que apenas conoce?

Lo que decía su marido era muy razonable, pero ella le recordó la preocupación que tenían porque padeciera la locura amorosa.

Fue suficiente para espantar al caballero. Cualquier cosa menos eso, y si había caballeros que tenían prisa por casarse, bueno de todas maneras, una boda debía organizarse con tiempo, tres, cuatro meses...

Victoria fue a verle, una semana después, tenía autorización para quedarse un día o dos.

Una señorita jamás debía entrar a la habitación de un hombre soltero sin compañía, así que fue la propia Ellen quien la acompañó y presencié el reencuentro.

El sonrió lentamente.

—Madre, ¿acaso es una visión? ¿Está ella aquí? —preguntó.

Su madre asintió y Victoria dio un paso adelante. Quiso ser fuerte y no llorar, pero no pudo. Se veía tan mal que ella temió que no hubiera ninguna boda.

—Perdóname, tenía tanto miedo—dijo cuando pudo secar sus lágrimas.

Kenth tomó su mano y sintió ese calor que le daba fuerzas. Era ella, la joven de la cual se había enamorado locamente.

Pero no quería que lo aceptara por lástima, el joven realmente ignoraba por completo las maquinaciones de su tía casamentera.

—Estoy mejor señorita Winston, me repondré, el doctor dijo que soy fuerte, y yo... No tengo nada que perdonarle. Tal vez ambos nos asustamos...

—Descansa querido, no debes agitarte—intervino su madre.

Kenth protestó, detestaba que lo trataran como chiquillo, solo tenía un resfriado y no quería que Victoria se marchara todavía.

Era como un sueño y temía despertar, había ido a verle y sabía que debió vencer su miedo para hacerlo. Todo cambiaría, ya no sentiría ese dolor en su pecho, estarían juntos y con el tiempo podrían casarse.

Ella fue a visitarle al día siguiente y durante las dos semanas que duró su convalecencia. Victoria obtuvo permiso para quedarse.

Tres meses pasaron volando, y sus sentimientos apasionados no cambiaron, parecían conocerse de toda la vida y comprenderse.

Lady Ellen y su esposo quedaron encantados con la noticia de que se casarían en primavera.

Fue un amor que transcurrió en el tiempo, y demostró a los más

incrédulos, que una pasión podía nacer como el fuego y perdurar, intensa y perenne, por siempre.